

# El arrepentimiento (I) - Marcos 1:14-15

*(Mr 1:14-15) “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio.”*

En nuestros estudios anteriores hemos tratado acerca del “*evangelio del reino de Dios*” que el Señor Jesucristo predicaba, y que había sido ampliamente anunciado a lo largo de todo el Antiguo Testamento.

Como ya sabemos, el término “*evangelio*” significa “*buenas noticias*”, y aquí se relaciona con “*el Reino de Dios*”. Para el ser humano no puede haber una mejor noticia que saber que Dios todavía quiere que los hombres rebeldes y pecadores formen parte de su glorioso reino. Después de todo el desprecio que este mundo manifiesta activamente contra Dios, sería razonable que él nos destruyera sin dejar rastro de la humanidad, pero el anuncio con el que el Señor Jesús comenzó su ministerio nos llena de esperanza. Dios sigue extendiendo su misericordia sobre los pecadores, y los busca en su amor para invitarlos a su Reino.

En este estudio vamos a comenzar a considerar los requisitos que el Señor Jesucristo estableció para que los hombres pecadores puedan entrar en su reino, y pronto veremos que no se trata de alguna cosa imposible de cumplir, sino que por el contrario, son condiciones que están al alcance de todos los hombres. Básicamente se resumen en dos: “*arrepentimiento y fe*”.

No sería coherente pensar que la relación perdida entre el hombre y Dios se restableciera sin la participación activa del hombre. Es necesario que cada persona en particular dé un paso para volverse a Dios. Así que, vamos a comenzar tratando el primero de los dos requisitos que el Señor ha establecido en su soberanía: el arrepentimiento.

## El arrepentimiento es un mandamiento de Dios

Empecemos por notar que el Señor no sólo predicaba el arrepentimiento, sino que lo hacía como si estuviera dando un mandamiento: “*arrepentíos*”. Y así lo entendieron y lo predicaron también sus apóstoles:

*(Hch 17:30) “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan.”*

Cuando el Señor se expresaba de esta manera, estaba dejando claro que él es el Rey, y por lo tanto, tiene el derecho legítimo de exigir el arrepentimiento. Esto es sencillo de entender. En el ámbito terrenal, cuando un emperador romano era coronado como rey, no invitaba a los súbditos de su reino a que aceptaran su autoridad si les apetecía, sino que exigía de todos ellos su sumisión y lealtad. Y si las demandas de un emperador romano eran absolutas, ¡cuánto más las del mismo Rey del cielo!

Así pues, si vamos a predicar el evangelio como lo hizo Cristo, tenemos que hacerlo transmitiendo fielmente este mandato de Dios a las personas para que se arrepientan. No es algo opcional que el hombre pueda aceptar o rechazar a su gusto: “*Dios manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan*” (Hch 17:30).

Y puesto que el arrepentimiento es un mandato de Dios, desobedecerlo tendrá graves consecuencias. Las palabras del Señor son claras al respecto:

**(Lc 13:3)** *“... Antes si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.”*

Dios anuncia en su Palabra un juicio universal en el que cada pecador tendrá que dar cuentas. Llegar a ese momento sin habernos arrepentido, nos cerrará todas las puertas del reino de Dios, y lo único que nos quedará será una terrible condenación que durará toda la eternidad.

## ¿Por qué debemos arrepentirnos de nuestros pecados?

Porque el pecado es la clave de todos nuestros problemas. Es verdad que en nuestra cultura contemporánea cada vez es más raro usar la palabra “pecado”. Esto no se debe a que haya sido sustituida por otra que sea más apropiada, sino porque la idea misma se ha perdido. Vivimos entre personas que son incapaces de hacer juicio moral sobre nada. Sugerirles que algo es pecado, o enseñar que los hombres son pecadores, es considerado como una idea rancia de épocas pasadas, y también como una grave ofensa contra la dignidad de la persona.

Pero cuando examinamos los evangelios, encontramos que el Señor Jesucristo hizo una gran cantidad de referencias al pecado; tanto a su origen como a sus consecuencias. Él no dudó en denunciar a personas concretas como pecadores, y la razón por la que lo hizo fue porque él sabía que el pecado es la clave de nuestros problemas.

Pero, ¿por qué el pecado es tan grave?

### **I. El pecado es una declaración de guerra contra el Soberano Rey del cielo**

Cuando Adán y Eva pecaron en el huerto del Edén, no sólo estaban rechazando la autoridad de Dios sobre sus vidas, sino que estaban expresando su intención de ocupar el lugar de Dios. Lo que el diablo les garantizó es que si desobedecían a Dios, lograrían ser como él. Esto es lo que les dijo: *“Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal” (Gn 3:5).*

En ese contexto, el pecado fue una clara declaración de guerra contra el bendito y Soberano Rey de reyes y Señor de señores. La criatura se levantaba contra el Creador en un acto de rebelión. Rechazaba la voluntad de su Hacedor para imponer la suya propia; ignoraba lo que Dios había dicho con la intención de hacer prevalecer sus propias ideas; se atrevía a proclamar su propia autonomía e independencia eliminando a Dios de su vida. Podemos decir, por lo tanto, que el pecado es un desafío arrogante del hombre en su deseo de ser igual a Dios.

Y desde ese momento, todos los hombres hemos caminado por la misma senda que Adán y Eva nos abrieron. En todos nosotros está arraigada esa misma rebeldía contra Dios. Cada vez que Dios nos manda hacer algo o nos prohíbe alguna cosa, inmediatamente surge en nosotros el deseo de hacer todo lo contrario.

Esto se aprecia con mucha claridad en las sociedades modernas, que manifiestan su rebeldía contra Dios estableciendo leyes y modelos de conducta que se oponen a los principios de su ley. No cabe duda de que el hombre está en guerra con Dios, y siempre que tiene ocasión, manifiesta su rechazo y rebeldía contra él.

El profeta Isaías describió con mucha exactitud lo que es la conducta habitual del mundo de nuestros días:

**(Is 5:20)** *“¡Ay de los que a lo malo dicen bueno, y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas, y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo!”*

## 2. El pecado nos enemista con Dios

Para Dios el pecado no es una travesura inocente, sino un acto de enemistad, de aborrecimiento y de desprecio contra su persona.

Puede que en muchas ocasiones esa enemistad no se exprese como una hostilidad abierta hacia Dios, sino que tome la forma más habitual de la indiferencia. Pero cuando una persona dice que no le interesa Dios o lo que él ha dicho, estamos ante una tragedia suprema. Si a alguno de nosotros no nos interesa la música o el fútbol, no pasa absolutamente nada, al fin y al cabo, es simplemente una cuestión de gustos. Pero si una mujer dice que no le interesa su marido, está manifestando un grave problema, porque da a entender que se ha terminado el amor entre ellos, y pronto llegará la ruptura y la enemistad. Y en mayor medida, si alguien dice que no le interesa Dios, aquel a quien le debemos nuestra existencia, es algo realmente muy grave. Lo que finalmente revela esta indiferencia es la profunda enemistad del hombre pecador contra Dios.

En un asunto de tanta importancia no se puede tomar una posición neutral. ¡Es imposible! No existen personas que ni aman ni odian a Dios. No amarle implica necesariamente odiarle. El Señor Jesucristo hizo una afirmación muy seria al respecto:

**(Mt 12:30)** *“El que no es conmigo, contra mí es”*

Pero en otras ocasiones, esta enemistad no se manifiesta simplemente como indiferencia hacia su persona, sino que toma la forma de una hostilidad abierta. Esto se aprecia constantemente en muchos de los comentarios que escuchamos a nuestro alrededor cuando la gente habla de Dios. Algunos le acusan con ira por cada una de las tragedias que ocurren en este mundo. Otros escriben artículos o libros, y salen en los medios de comunicación para ridiculizar la Biblia y atacar todos los principios cristianos. Y lo hacen con orgullo, sin disimular el odio que sienten hacia un Dios, del que por otro lado, en muchos casos, niegan su existencia. Tal es el grado de enemistad que sienten hacia él, que lo han eliminado de sus vidas, y ahora hacen todo lo posible para que desaparezca también de la sociedad y de las instituciones. En algunos países de Europa, es un hecho que cada vez que se habla de Dios o del cristianismo en la televisión o en la radio es para ridiculizarlo. Y en muchos otros países, esta hostilidad contra Dios se expresa por medio de la violencia física contra los cristianos y también contra la Biblia. La historia está llena de ejemplos de esto último.

Pero cuando comparamos el amor que Dios tiene por el hombre, con la apatía y hostilidad que sus criaturas le demuestran a él, es entonces cuando apreciamos con total claridad la enemistad del hombre hacia Dios. Esto queda de manifiesto en las palabras del evangelio de Juan:

**(Jn 3:16-20)** *“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas.”*

## 3. El pecado atenta contra la justicia de Dios

Dios es justo, ama la justicia y aborrece la injusticia. Por lo tanto, puesto que el pecado es una transgresión de la ley de Dios, él lo aborrece.

**(1 Jn 3:4)** *“Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.”*

**(Hab 1:13)** *“Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio”*

Dios no puede ser moralmente neutral o indiferente hacia el pecado. Su propio carácter justo le lleva a juzgarlo con firmeza.

**(Sal 7:11)** *“Dios es juez justo, y Dios está airado contra el impío todos los días.”*

Por lo tanto, el pecado crea una barrera entre Dios y las personas.

**(Is 59:2)** *“Vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.”*

Por otro lado, el pecado rompe el orden moral que Dios ha establecido desde la fundación del mundo, y conduce a la catástrofe moral y espiritual. Por esa razón, el pecador será excluido del reino de Dios si antes no es perdonado y limpiado. De otro modo, si el pecado entrara en el cielo, automáticamente dejaría de ser un reino de justicia. El libro de Apocalipsis, hablando de la nueva Jerusalén, confirma esto:

**(Ap 21:27)** *“No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero.”*

## ¿Qué es el arrepentimiento?

El arrepentimiento implica abandonar nuestra independencia de Dios, nuestra enemistad y rebelión contra él, para volvernos a su justicia. Esto nos llevará a aborrecer el pecado, pero también a un deseo positivo de hacer la voluntad de Dios. Se trata de una decisión firme y consecuente de cambiar de bando. Implica pasar del reino de las tinieblas al reino de Jesucristo. El apóstol Pablo explicó lo que esto implicaba en los siguientes términos:

**(Col 1:13-14)** *“Dios nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.”*

Por lo tanto, el arrepentimiento nos lleva a asumir una nueva mentalidad, nuevos deseos y una nueva voluntad de agradar a nuestro nuevo Rey. No se trata únicamente de corregir algunos defectos de nuestra personalidad, o de adquirir alguna nueva rutina religiosa, es algo infinitamente más radical. Tiene que ver con permitir que Dios asuma realmente todo el control de nuestra vida, lo que se traducirá necesariamente en un cambio total con respecto a Dios, a nosotros mismos, al pecado y a la justicia. Nuestra vida tendrá una nueva dirección, una nueva perspectiva, nuevas expectativas y compromisos.

El verdadero arrepentimiento abarca el intelecto, las emociones y la voluntad, en las que Dios llega a tener la absoluta supremacía.

### I. Un cambio en la forma de pensar

El arrepentimiento implica un cambio radical en el modo de entender la gravedad que el pecado tiene como una afrenta contra el Dios santo y que por lo tanto merece la ira y el castigo divinos. Supone también el reconocimiento de nuestra propia responsabilidad y la aceptación de nuestro estado de completa bancarrota espiritual ante Dios. Todo esto nos debe llevar a clamar como el publicano de la parábola que contó el Señor Jesucristo:

**(Lc 18:13)** *“Dios, sé propicio a mí, pecador.”*

El arrepentimiento que lleva a la salvación debe incluir también un cambio de pensamiento respecto a quién es Jesús y el lugar que debe ocupar en nuestra vida. Básicamente podemos resumirlo diciendo que él es el “Señor” y que tiene todo el derecho a gobernar nuestras vidas. Esto supone un cambio radical con nuestra actitud rebelde anterior, cuando pensábamos que nosotros teníamos la última palabra en lo que decidíamos y hacíamos. El verdadero arrepentimiento nos debe llevar a un reconocimiento del Señorío de Cristo, tal como Pablo explicó en su carta a los Romanos:

**(Ro 10:8-9)** *“Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo.”*

## 2. Un cambio en la manera de sentir

Desde el punto de vista emocional, el auténtico arrepentimiento va acompañado de un sentimiento de pesar y tristeza al descubrir la suciedad y gravedad del pecado. En el Antiguo Testamento era frecuente que la persona arrepentida vistiera cilicio y se cubriera de cenizas como símbolos de luto y dolor (**Job 42:6**) (**Jon 3:5-6**).

En nuestros días es triste ver cómo el hombre moderno ya casi no siente vergüenza por casi nada. No es difícil escuchar a personas que después de tener una vida llena de fracasos personales, sin embargo afirman con orgullo que ellos no se arrepienten de nada. Pero esta reafirmación en el pecado sólo les puede conducir a nuevos fracasos.

En cualquier caso, es cierto también que se puede llegar a estar apesadumbrado o avergonzado por algún pecado concreto y sin embargo no llegar a la salvación. Por ejemplo, el joven rico que se acercó a Jesús se fue afligido y triste por lo que el Señor le dijo (**Mr 10:22**), pero no cambió de actitud. Judas, después de entregar a Jesús, sintió un fuerte remordimiento por lo que había hecho, aunque seguramente, lo que más lamentó es que las cosas no habían salido como él había planeado (**Mt 27:3**).

Es difícil imaginar un verdadero arrepentimiento que no incluya cierto elemento de vergüenza, pero hay que aclarar que eso no garantiza que sea genuino. A veces, esa vergüenza es motivada simplemente por el temor a quedar en ridículo cuando otros se enteren de alguno de nuestros fracasos o pecados, pero no porque sintamos la gravedad de nuestras ofensas ante Dios. En esos casos, pasado un tiempo, cuando todo se olvide, la vida continuará sin grandes cambios.

## 3. Un cambio en la manera de vivir

En tercer lugar, el arrepentimiento incluye también un cambio en la voluntad de la persona. Hay una firme determinación de abandonar la vieja forma de vida para cambiarla por una nueva, radicalmente distinta. Implica el abandono de la desobediencia obstinada a Dios para rendir nuestra voluntad a Cristo. Es un llamamiento a deponer las armas, a dejar de luchar contra Dios y a rendirnos a su voluntad.

## Un ejemplo bíblico: la parábola del hijo pródigo

Podemos encontrar un buen ejemplo de los principios expuestos anteriormente en la conocida parábola del hijo pródigo (**Lc 15:11-24**).

El Señor comenzó su relato presentándonos a un hijo rebelde que no quería sujetarse al orden familiar establecido por el padre. Éste decidió irse, pero no sin antes recibir la parte de la herencia que le correspondía. Esto era sin duda una tremenda ofensa contra su padre. Lo lógico habría sido que el hijo recibiera su herencia una vez que el padre hubiera muerto, pero para ese joven, era tal el desprecio que sentía por su progenitor que era

como si ya estuviera muerto, así que no dudó en exigir su parte de la herencia cuando el padre todavía estaba vivo. Todo esto nos recuerda la actitud de Adán y Eva en el huerto del Edén cuando también decidieron abandonar a Dios y ocupar su propio lugar.

Una vez que el hijo recibió su herencia la gastó desenfrenadamente en todo tipo de vicios y pecados, llegando pronto a estar en una situación lamentable. Mientras tuvo dinero no le faltaron los amigos, pero cuando éste se terminó, no le quedó más remedio que irse a cuidar cerdos. Tan triste era su situación que llegó a tener envidia porque los cerdos comían mejor que él.

Y estando en esa situación dio el primer paso en el camino del arrepentimiento. Empezó a reflexionar sobre su estado: *“volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros en la casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre” (Lc 15:17)*. Y entonces es cuando por primera vez estuvo dispuesto a reconocer su pecado. Empezó a pensar en volver a su padre y pedirle perdón. Esto era lo que planeaba decirle: *“Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo” (Lc 15:18-19)*. Notemos que había llegado a entender perfectamente que el pecado no había sido únicamente contra su padre, sino que en primer lugar había sido cometido *“contra el cielo”*, lo que para un judío equivalía a decir *“contra Dios”*.

Aunque en la parábola no se explica cómo el hijo llegó a experimentar este cambio en su forma de pensar que le llevó a tener tal convicción de pecado, sabemos por otras partes de las Escrituras que esto viene normalmente por el conocimiento de la ley **(Ro 3:20)**.

En segundo lugar, el joven empezó a sentir vergüenza y dolor por su pecado, por eso, cuando se acercó al padre, rápidamente le dijo que no se sentía *“digno de ser llamado su hijo” (Lc 15:21)*. Por supuesto, no regresó alegremente como si nada hubiera ocurrido, sino que lo hizo con una genuina actitud de humillación.

Y en tercer lugar, tomó la decisión de volverse de su vida pecaminosa a la casa del padre, donde sabía que su forma de conducta tendría que ser radicalmente diferente a la que había llevado mientras estaba fuera. Ya no podría vivir sin normas, haciendo lo que le diera la gana, sino en sujeción a su padre.

Es probable que el hijo tuviera la duda de si su padre estaría dispuesto a recibirle después de la forma en la que le había ofendido al irse, pero para su sorpresa, descubrió que según se acercaba a la casa, su padre le estaba esperando con los brazos abiertos. Y en el momento en que el hijo expresó su arrepentimiento, inmediatamente fue aceptado nuevamente en la familia del padre. Pero no sólo eso, su recibimiento fue con gran gozo y estuvo lleno de bendiciones que de ninguna manera él habría podido imaginar. Fue entonces cuando llegó para el hijo pródigo el anillo, el vestido nuevo, el beso, el gozo y la fiesta **(Lc 15:22-24)**.

Como ya sabemos, el padre representa a Dios, y toda la parábola sirve cómo una hermosa ilustración de lo que significa el evangelio, las buenas noticias de Dios. El hijo no merecía nada, sino el castigo más severo por su ofensa. Recordemos que la ley de Moisés establecía la pena de muerte para casos como este **(Dt 21:18-21)**. Los oyentes de Jesús sabían esto, así que tuvo que impresionarles mucho la forma en la que el Señor terminó su relato. Pero esto es el evangelio: Dios no nos da el castigo que merecemos, sino que nos abre las puertas de su Reino. Aunque es imprescindible que no olvidemos que para disfrutar de sus bendiciones, es necesario que antes haya en nosotros un genuino arrepentimiento.

## Preguntas

1. ¿Qué opinión le merece el hecho de que Dios todavía siga buscando a los pecadores para invitarles a formar parte de su reino? ¿Cuáles son los requisitos que el hombre debe cumplir para entrar en el reino de Dios? ¿Le parecen coherentes? Razone su respuesta.
2. ¿Qué es el pecado? ¿Por qué Dios no puede permitirlo?
3. ¿Cómo afecta el pecado a nuestra relación con Dios? Justifique su respuesta bíblicamente.
4. ¿Qué es el arrepentimiento? ¿Qué debe incluir? ¿Cuáles son las evidencias de un verdadero arrepentimiento?
5. ¿Cómo ilustra la parábola del hijo pródigo lo que hemos aprendido en esta lección acerca del arrepentimiento?